

# El rincón misionero

por Ana G<sup>a</sup>-Castellano



## EN LA PLANTACIÓN DE CACAO

El lunes temprano, el padre Alberto y Venancio partieron en la vieja furgoneta hacia la plantación. En el camino recogieron a Laura y Nico, su novio, recién llegado de Bata, donde era profesor de ingeniería. Media hora después, por la carretera de Rebola, se internaron en una selva de palmeras, que, según avanzaban, se transformó en bosque de árboles de cacao. Pronto vieron a tres niños que cargaban enormes sacos sobre la espalda. El padre Alberto detuvo el coche, y todos bajaron.

Venancio frunció el ceño: -¡Es indignante que sigan trabajando así los niños en el cacao!

-Tienes razón. Estos niños deberían estar en la escuela -dijo Laura, acercándose a uno de ellos. - Hola, soy Laura. ¿A dónde lleváis los sacos?

- Yo me llamo Ramón Ebalé. Los amontonamos junto al secadero, para que saquen los granos de las mazorcas.

- Pues hoy los vamos a llevar en la furgoneta.

Los niños disfrutaron todo el trayecto, cantando sentados sobre los sacos, mientras la furgoneta daba saltos por el camino de tierra. Mientras, Nico, desde la cabina, hacía fotos aquí y allá con su móvil.

¡Descargaron el cacao sobre una gran pila de mazorcas. Algunos hombres y mujeres las abrían con enormes machetes para sacar el grano. ¡Zas, zas! se oyó en el silencio.

- ¡Pero es muy peligroso! - se quejó Nico.

- De ese modo yo perdí este trozo de dedo - murmuró Venancio.

Uno de los hombres que cortaban mazorcas miró a los recién llegados.

- ¿Querían algo? - preguntó sin dejar su tarea. -Nosotros llevamos los granos al secadero, ¿ve? A esos cajones bajo la techumbre..

- ¡Así no se mojan si llueve, y se secan enseguida! – dijo Ramón.
- Cuando está seco, lo compran los de la multinacional.
- ¿Todo el cacao? – insistió Nico sin dejar de hacer fotos. El hombre asintió, y Laura, asombrada aún por la certeza con que clavaba el machete en la corteza, siguió indagando: – ¿Y paga bien su cacao esa multinacional?
- Los que trabajaban se echaron a reír: – Pagan poco, pero no hay otro comprador – dijo una mujer.
- ¿Por eso tienen que trabajar también los niños? ¿Porque si no, el salario no llega para la familia?
- soltó despacio el padre Alberto.
- ¿Cómo sabe usted tanto?
- Me importa la gente de Bioko – contestó, y añadió:– ¿Y si ustedes fabricaran su propio chocolate? Podrían formar una cooperativa...
- Otra vez rieron los trabajadores: – ¿Y quién nos lo iba a comprar? Las multinacionales lo distribuyen por todo el mundo, tienen sus medios...
- Pero...– Nico intervino- si crearan una fábrica con línea directa para llegar a las tiendas de aquí y de... España, por ejemplo...
- ¡Está usted loco! –
- ¡No, papá! – interrumpió Ramón. – Sería estupendo. Mi padre sabe todo sobre la preparación del cacao.
- Eso es imposible. – refunfuñó otro de los que cortaban cacao.

Nico se acercó a ellos. Sacó una carpeta que llevaba: – Miren – dijo – he observado el terreno. En esa zona de ahí, podría levantarse una planta de fabricación artesanal. El chocolate artesanal se valora mucho.

- Los trabajadores se acercaron: – ¿Y cómo vamos a venderlo?
- En tiendas de comercio justo. – añadió el padre Alberto – Nosotros tenemos en España tiendas donde podríamos vender el chocolate. Los beneficios serían de la cooperativa.
- Necesitaríamos a alguien que conozca el proceso de fabricación
- Mamá sabe muy bien cómo fabricar chocolate– insistió Ramón.
- Ella podría dirigir el proceso de elaboración, formar a los trabajadores
- ¿De dónde sacaremos el dinero? –preguntó una trabajadora.
- ¡Podríamos hacernos socios de la cooperativa! –se animó el padre Alberto- Hay microcréditos
- Lo meditaremos en la oración a la Madre Maravillas ... Ella siempre nos escucha.
- Nico se ocuparía de los planos y la construcción de la planta. –añadió Laura. Y con los beneficios, podríamos construir una pequeña escuela para la plantación. – Laura estaba entusiasmada.
- ¡Sí, es posible, papá!
- Pues manos a la obra. Empiezo a pensar un proyecto– anunció Nico.

Venancio sonrió: – ¡Y Antes de un año empezaremos a vender nuestro propio chocolate!

Lo celebraron compartiendo piñas, aguacates y atangas asadas, que traía Laura en la furgoneta, mientras la luz del atardecer empezaba a asomarse en el horizonte de la selva de Rebola.



CONTINUARÁ